

UNA POLITICA EXTERIOR PARA ESPAÑA (*)

Por EMILIO ROMERO

Debo empezar explicando las razones de desarrollar un tema de política exterior, y ello en función de que todos saben que yo no soy especialista de estas cuestiones y no soy partidario de las improvisaciones. Si en el tratamiento de la política interior hay tópicos, y nuestro país está poblado de silenciosos y de discretos, sin perjuicio de que hablen abundantemente de la mar y de los peces, en el tratamiento de la política exterior hay circunvalaciones y tecnicismo. Yo voy a ir al grano. En cualquier caso voy a justificarme y así nos tranquilizamos todos. El otro día dijo el ministro Garrigues por televisión, en una admirable rueda de prensa en la que brillaron sus *tablas* y ese ingenio que tiene como distraído, «que no leía periódicos; solamente leía libros». Probablemente porque yo no soy un político a la usanza peculiar, original y brillante de Garrigues, me veo obligado a leer las dos cosas, libros y periódicos. Por esta vía, exclusivamente, no me puede ser desconocido lo que sucede fuera, la situación internacional, y, además, me ha animado mucho recordar algo de un gran discurso pronunciado por Marcelino Oreja, nuestro vertiginoso y viajero ministro de Asuntos Exteriores, en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional en la primavera de 1977, cuando decía que las relaciones exteriores habrían dejado de ser «un coto cerrado de los Gobiernos» y quedaban bajo la atención de la opinión pública, que gravitaba sobre esas relaciones exteriores de modo insoslayable. «Hoy ya no cabe —decía el ministro— conducir una política exterior coherente sin contar con la solidaridad y con el asentimiento del pueblo.» Asentir obliga a conocer, y está claro que el conocimiento abre la actitud crítica. Entonces me ha gustado elegir como tema «Una política exterior

(*) Este estudio fue escrito en mayo de 1979.

para España», que no es ningún anuncio de que yo vaya a esbozar cómo ha de ser esa política, que es una competencia exclusiva del Gobierno y del Parlamento, sino hacer una expresión libre y fundamentada, aunque sea insuficiente, de una aspiración para que exista realmente, claramente, y que se vea, «una política exterior de España» que mucha gente no ve ahora mismo, sin desmerecer el esfuerzo, la dedicación y el sacrificio, de políticos y de diplomáticos, en la gran empresa de la acción o de la actividad exterior, porque una cosa es la actividad diplomática y la existencia de un Ministerio de Relaciones Exteriores, y otra es tener una política exterior. No se puede decir: «estamos en estupendas relaciones con todos, tenemos una buena información de lo que pasa en el mundo, hacemos estos o aquellos cambios de estructuras en nuestros servicios al exterior, visitamos esto o aquello o nos visitan éstos y los otros». Eso es una «acción exterior», no «una política exterior». Una política exterior es tener una actitud, saber políticamente, y estratégicamente, y económicamente, y militarmente, y culturalmente dónde estamos, y con quién y para qué. Independientemente de nuestra relación internacional con todos los Estados. No descarto tampoco la posibilidad de que haya una conciencia de esa política exterior; en este caso, la ignorancia del público sobre esa conciencia habría que achacarla a estas tres cosas: a que la política exterior siga siendo un coto cerrado; a que los Gobiernos no tengan buenos mecanismos de información, y al lenguaje diplomático, que es brillante y enterado, pero es gaseoso. Ya sé que la respuesta diplomática de los comunicados es meliflua, y lo que está vivo y por debajo se anestesia o se oscurece. Hay una actitud diplomática previa como exigencia, y como deber, que es la *cautela*. Entonces se construyen verdaderas obras de arte con las generalidades. Pero mi oficio es otro; el oscurecimiento me parece pura indigencia intelectual o treta. Por eso desde mis invitaciones íntimas, y no regladas, a la claridad, voy a formular el deseo de una política exterior para España —con unas orientaciones o sugerencias básicas— que, de acuerdo con lo manifestado por el ministro Oreja en el CESEDEN, pueda ser entendida por la opinión pública, en este caso por mis oyentes. Estoy de acuerdo con Oreja en que las relaciones exteriores gravitan sobre la opinión pública. Pues muy bien; gravitan sobre mí también. La diplomacia no es otra cosa que el modo de representación de una política en un tiempo determinado. La política es una acción del Gobierno controlada por el Parlamento, y ambos poderes no tienen otra legitimidad que la popular. Así es que la acción exterior tiene que ser transparente, debe tener una política concreta y no una abstracción,

y hay que dar cuenta de ella, excepto de algunos métodos que en el desarrollo de las acciones pudieran afectar a la seguridad del Estado o pudieran comprometer su éxito. Pero nunca pueden estar ignorados, ni los objetivos ni nuestros episodios.

Los síntomas nos dicen que no tenemos todavía una política exterior que se corresponda con el tiempo que vivimos, con la situación geográfica en la que estamos y con los objetivos que demandamos, y que han de responder a dos exigencias principales: las derivadas de la seguridad y de la economía. Y todo ello dentro de las características de nuestro sistema, de nuestra Constitución, en el marco de las alianzas políticas. Somos un país democrático de la Europa occidental, y componemos una plataforma cuádruple, principalmente a efectos estratégicos. Estamos en el confin sur de Europa y frente a Africa, y entre el Mediterráneo y el Atlántico. No es una situación cómoda respecto a la seguridad, pero no debe soportarse esta incomodidad sin una retribución de ventajas y de coberturas. Si ahora no administráramos bien nuestros riesgos, si no nos procuráramos la obtención de nuestro interés, al tiempo que preservábamos nuestra seguridad, seríamos políticamente un pueblo ingenuo, y hasta podría decirse que teníamos una clase política deleznable. Al viejo esquema de la política exterior que era el de relacionarse con los demás —con mayor o menor acento en las relaciones—, con una ínfima actividad económica, y la protección de los intereses de los españoles fuera, se añade ahora el de la *seguridad* ante la agresión potencial, con un mundo escindido en una *gran síntesis*, y el de promocionar intereses económicos fuera, porque ya somos un país dispuesto para el comercio exterior, portador de tecnología, en beneficio del progreso interior. La política exterior es muchas cosas, pero las capitales hoy son la *seguridad* y la *acción económica*. El marco anterior era pequeño para esto, pero ahora es universal, y las estructuras industriales, la energía, la tecnología y las materias primas han puesto el resto.

La primera necesidad en la construcción de una política exterior es que no haya más que una y no varias. Cada partido político, en una democracia, no debe tener su política exterior. En España ocurre esto. La causa es bien sencilla. Nuestras fuerzas políticas parlamentarias son tres: la que representa el mundo conservador, con liberales, demócrata-cristianos y socialdemócratas descafeinados; la representada por socialistas, y los comunistas de adaptación occidental, los eurocomunistas. Las tres fuerzas políticas están homologadas en Europa, y «lo internacional» de estas fuerzas puede tener, y de hecho tiene, una estrategia en algunos asuntos. Todas las naciones del mundo libre

vamos hacia el sucursalismo político en los programas y en la acción exterior, y esto es una seria conspiración contra la independencia de los intereses de cada uno. Ocurre que los partidos políticos en una democracia de hoy son al tiempo solidarios y prisioneros de sus aparatos internacionales, de sus homologaciones exteriores, mientras que la *seguridad* tiene una estrategia universal y los intereses son competidores. Esta antítesis no va a resolverla el Consejo de Europa, hasta que no fuera los Estados Unidos de Europa, y esto va para largo, y hasta no sé si es posible. Las dos visitas paralelas a Argel del presidente del Gobierno y del Partido Comunista para hablar, con lenguajes distintos —por ejemplo—, con los polisarios de la República Árabe Saharaui Democrática, en una situación conflictiva y de tensión de España con el Magreb, es toda una acción desdichada. Pero es que, además, España tiene ahora mismo un panorama muy delicado en sus relaciones y en sus intereses internacionales, y es necesario unificar y acordar su acción exterior. Pero empecemos por el examen de nuestra contemporaneidad.

El viejo Régimen del general Franco tenía, en gran parte, «una política exterior limitada o impuesta», en una imagen internacional no exactamente igual a la presente. De esta «política exterior limitada o impuesta», después de la Segunda Guerra Mundial, se trató de sacar el mayor número posible de ventajas, que, lógicamente, no fueron muchas. La principal fue la supervivencia del Régimen. A partir de 1945 se perfilaban las dos grandes potencias, que hoy son atterradamente nucleares, y que hicieron primar las razones estratégicas sobre otras razones. *Era el intranquilizante equilibrio de la paz*. El equilibrio del miedo. Habían estado unidas esas potencias en la guerra contra el Eje de los fascismos, y en seguida, tras derrotarlos, empezaron a ser los dos grandes adversarios de la paz. En su fortaleza armada y disuasoria se basa ahora mismo la coexistencia pacífica. Se descubría y se implantaba la política del miedo común, con la exigencia de ser cada día más fuerte el miedo por el progreso destructivo de los armamentos. España fue alineada entonces con los derrotados de aquella guerra, a pesar de su neutralidad, por un parentesco político asignado, y pudimos caer en los acuerdos de Potsdam y repetir la tragedia del 36 con un espectáculo parecido, aunque más sangriento; y aquello parece que lo impidió Churchill. Los Estados Unidos tenían en España unos servicios de información pésimos, y Stalin fue un beligerante de la guerra civil española con sus unidades y sus mandos militares, y con el secuestro del oro del Banco de España para financiar aquella ayuda. No pasó nada, pero fuimos borrados de la lista de beneficiarios del

Plan Marshall cuando teníamos un país arruinado a la espalda, que había salido de una guerra civil con no pocas implicaciones políticas y militares internacionales en esa guerra. Hasta llegó a decirse que aquella guerra civil española fue la preguerra mundial; su ensayo. No creo que fuera eso en sus orígenes, pero también es cierto que fue aprovechada por la tensión europea de aquellos años.

En los comienzos de los años cincuenta, ante los episodios de la «guerra fría», se vio obligado a venir a Madrid el almirante Sherman, y su primera manifestación efusiva y de asistencia tuvo lugar en La Granja. España aparecía excomulgada, pero era necesaria en esa guerra fría. Nuestra privilegiada plataforma cuadrangular era políticamente irrelevante, pero militarmente era óptima. En seguida comenzaron a funcionar los Tratados de Amistad y Cooperación con los Estados Unidos, en cuyo régimen estamos todavía; el último termina en el 81, y a estos efectos estos días estará por aquí el secretario de Defensa de los Estados Unidos, Harold Brown, para una reconsideración de estos asuntos, y se anuncia la visita de otras personalidades. El tema de la *seguridad* es prioritario. A partir de aquel momento de los años cincuenta se sacó el provecho que se pudo de esa necesidad en la estrategia periférica de los Estados Unidos y del mundo libre. No podemos decir, por tanto, que tuvimos una política exterior brillante, porque estábamos en un *ghetto* político, pero hacíamos lo que los gitanos, que se guarecen en las ruinas de los castillos y que se aprovechan de sus vigorosas piedras contra el frío y la humedad. Estábamos a la defensiva. Esta «política exterior limitada e impuesta», o a la defensiva, la llevaron adelante con una gran dignidad, en los peores momentos, y con no poco talento y paciencia, Alberto Martín Artajo y Fernando María Castiella. Marcelino Oreja es un viejo discípulo de Castiella. Más adelante sería un hábil rompedor —aunque en parte— de esa situación Gregorio López Bravo, que tiene atractivo personal y talento, y remodeló otro diálogo con Europa y América, e inició el deshielo con Rusia, con los países del Este de Europa y con China. Al final, y antes de nuestra democracia actual, el mundo nos admitía como una realidad sociológica que estaba ahí, en el sur de Europa y en el norte de África; somos un país de medio millón de kilómetros cuadrados y dos archipiélagos, una población de treinta y cinco millones, con tres mares alrededor, y que todo ello es una consideración estratégica y política muy seria, esperando el mundo todos los días nuestro *désenlace* político interior, que, por otra parte, nunca preveía cómo iba a ser. Tampoco lo sabíamos nosotros. Lo hemos probado sobradamente. Había entonces, a pesar de todo

esto, «una política exterior». Aunque fuera una política exterior de aguante y de resistencia, López Bravo tuvo también que aguantar al final, y en Roma, a Pablo VI, cuando la Iglesia española dejó de ser «la Iglesia de la Cruzada» para ser la Iglesia del Concilio Vaticano II y de la «contestación». Europa nos sonreía y nos daba la espalda. Roma y Washington fueron nuestros aliados convencionales. Al final no teníamos ni Roma. Washington fue más intrépido. Eisenhower había sido recibido en Madrid en olor de multitudes, y más adelante Nixon fue el gran liquidador del asedio. Solamente Europa—como digo—, con el auge de los partidos socialistas, hacía difícil y complicada la integración de España en las organizaciones políticas, económicas y militares. La imagen de Franco y su Régimen no fueron digeribles nunca. De Gaulle no se atrevió a venir nunca a Madrid a ver a Franco, hasta que resignó definitivamente el poder, y lo vio antes de morir, como si hubiera venido a darle una explicación cortés. Había alguna permeabilidad de intereses, pero era muy escasa la impermeabilidad política. El papel que han jugado los desterrados en este país ha sido decisivo en los dos últimos siglos. De eso hablaré luego. España trataba de tranquilizar a todos, pero no cambiaba la estructura del Régimen y no instalaba políticamente a los vencidos. Y ese asunto no estaba muerto. Se dejó el Protectorado de Marruecos, después de la guerra mundial, mediante una Declaración conjunta, demorando el Sahara, y no cuestionando, ni siquiera en referencias, Ceuta y Melilla, y sin que padeciera la amistad con el mundo árabe, que era un elemento de respiro en «la política exterior impuesta». Se hizo la descolonización de Guinea mucho más tarde, y probablemente fue la acción más torpe en el método, y se llevó adelante nuestra economía expansiva, como exigencia de nuestro importante desarrollo interno, aunque soportando todas las dificultades de los signatarios del Tratado de Roma de 1957, en la pretensión nuestra de integrarnos en la Comunidad Económica Europea, y aguantando el profesor Ullastres en Bruselas dos realidades objetivas que constituían una actitud paradójica, pero a veces las paradojas son necesarias, si se piensa en las finalidades a largo plazo o en las acciones políticas. Ni la Comunidad nos dejaba pasar, ni nosotros podíamos entrar en breve plazo. Ni ellos nos aceptaban ni nosotros estábamos en condiciones. Se negociaban *sine die* los aspectos parciales y se trataba de ir viviendo, o de ir tirando, que eso también es encuadrable en el marco de una «política exterior», porque el gran contingente de nuestras exportaciones e importaciones era europeo. Teníamos una economía mixta hacia fuera con los países de la Comunidad y con el aliviadero de la EFTA. Al final

resultaba que el Régimen excomulgado políticamente había convertido a nuestro país en la décima potencia industrial del mundo, teníamos una población emigrada en Europa superior al millón de personas, invadía el turismo europeo nuestro país, producíamos interesantes caudales de tecnologías propias y exportables, y nuestra agricultura, con una política de regadíos y con su modernización, rebasaba nuestro consumo. Nuestra realidad necesitaba mercados exteriores. La acción exterior, la política interior y el comercio internacional no estaban en la misma fase. Esto necesita una profunda corrección.

Así es que esas afirmaciones que he oído y que he leído en alguna parte referentes a que España no había tenido «política exterior», desde el regreso de don Fernando VII del destierro, no son afirmaciones rigurosas, sino que había unos imponderables externos e internos que la convertían en insuficiente o en desgraciada. El marco de las relaciones internacionales, por otro lado, hasta bien entrado este siglo, no era universal, ni siquiera *regional*, dando a este término su acepción actual, sino más bien *vecinal*. Ni siquiera la gran empresa militar e intercontinental de Napoleón pudo tener esto. Nunca hemos dejado de tener «política exterior»; lo que ocurre es que el marco, hasta hace medio siglo, era pequeño, y el proceso político español «constitucionalista», tras el final de la Monarquía absoluta, nos ha entretenido nada menos que siglo y medio. Nosotros somos los principales responsables de nuestras desgracias. Vamos a verlo. Nuestro *dossier* registra diez Constituciones en ese tiempo, cinco Tronos de orientación diferente respecto a sistemas políticos a lo largo de ese tiempo; y hasta uno de esos Tronos estuvo titularizado por otra familia europea, la de Saboya; dos Repúblicas, cinco guerras civiles, cuatro dinásticas y una total; una permanente alternativa de poder entre dictaduras de temporada y regímenes democráticos o seudodemocráticos no cuajados. Paralelamente a todo esto, la liquidación por caquexia histórica del Imperio colonial, y con varias etapas de sublevaciones y de guerras en el norte de Africa. Así no había forma de hacer una *política exterior* estable, sino una política exterior de coyuntura, cambiante, episódica y contradictoria. Tampoco tomamos parte en las guerras mundiales de este siglo. En la primera carecíamos de industria para el avituallamiento militar, no habíamos digerido el regreso de nuestras adversidades coloniales; teníamos el Protectorado de Marruecos con sublevaciones constantes y mucho Ejército entretenido allí; y además teníamos cierto sentimiento nacional de germanofilia sin otra afiliación que la patriótica, por una larga tradición de enemistades con Francia e Inglaterra. En la Segunda Guerra Mundial acabábamos de

salir de nuestra guerra civil con un millón de muertos, el país arruinado y con Hitler victorioso en el sur de Europa. Los sentimientos generales eran también germanófilos, por la ayuda de Alemania y de Italia en la guerra civil, frente a las Brigadas Internacionales de las democracias aliadas y de los países del Este de Europa. Franco detuvo a Hitler en Hendaya, como Molotov firmó con Ribentrop la no agresión entre Alemania y Rusia. La diferencia fue que Hitler invadió luego Rusia y aquí no pasó los Pirineos. Nuestra erradicación política de Europa era casi total.

La figura del desterrado, siempre en número considerable y de distintas significaciones, era otro factor de debilitamiento nacional, puesto que ofrecía una doble imagen de España fuera. La España de dentro ya era débil para el exterior, pero es que además había siempre otra fuera, la de los desterrados, la «España peregrina», que decía Bergamín. Los desterrados contribuyeron seriamente a los destronamientos de Doña Isabel II, de Don Alfonso XIII, a las guerras carlistas y a la imposibilidad de supervivencia del Régimen de Franco. Esa España desterrada, a lo largo de casi dos siglos, ha provisionalizado la política española, y a veces con no poca razón. Esa convulsa política interior de España, a lo largo de tanto tiempo, descapitalizaba básicamente la política exterior. El único período político largo fue el posterior a la guerra civil de 1936, y que se extendió hasta 1975; pero durante todo ese período, precisamente por no marchar en armonía política o afinidades ideológicas con los vencedores de la Segunda Guerra Mundial y con un gran destierro militante, padecimos esa «política exterior impuesta», que fue el precio con el que se pagó eso que se decía entonces que era «nuestra dignidad nacional y nuestra independencia». Un precio muy caro. Pero en este asunto no voy a entrar. Ya dije mi opinión el otro día en mi conferencia del Club Siglo XXI, y que se resume en que a partir de 1946 aquel Régimen debió iniciar el camino, que tenía que ser largo, y no sé si posible, hacia un sistema político homologable con las naciones del mundo libre, no a cambio de amontonar indignidades y restaurar «el ajuste de cuentas»; ni un Potsdam diferido ni una desfiguración o un simulacro de democracia. Se hizo todo lo contrario. Sería muy interesante el testimonio de Franco, que está repartido en Asuntos Exteriores, en la Presidencia del Gobierno y en sus familiares. Este testimonio sería fundamental para entender mejor ese período, porque los biógrafos de Franco van a tener apasionamiento, pero pocos papeles. Todo esto es el pasado reciente. Ahora hemos abierto lo que merecía ser el final de nuestro largo proceso constitucional. Sería dramático seguir

probando nuestra inepticia y nuestra locura política y no hacer una democracia estable, duradera, moderna, con la exigencia del cambio y de la actualización dentro, que nos permitiera convivir y tener por ello una política exterior asumida en sus líneas generales, o en sus ejes de gravitación, por todos. También es la primera vez que se nos exige, y necesitamos, una política exterior respecto a todo el universo. Tengo el temor de que la gravedad y el apremio de muchas cuestiones interiores que están en el ánimo de mis oyentes, y la falta de realismo, otra vez, de la clase política podría desarmar los esfuerzos para una política exterior. El viejo sistema de nuestras «políticas exteriores», aunque hayan sido malas, o nulas, o impuestas, o imposibles, se ha desplomado. Esta es otra situación, éste es otro mundo exterior. Nosotros también somos diferentes, y estamos en situación de tener, sin las limitaciones antiguas, una «política exterior» propia. Es nuestro gran momento. Ahora estamos en paz, en fraternidad y en armonía, con el llamado «mundo libre», y con el que no lo es, en función del secuestro que hace de las libertades políticas y de los derechos de la persona, según vemos estas cosas en Occidente, pero que son Estados y pueblos poderosos y estimables, con organizaciones políticas típicas, y que son portadores de culturas, y ciencias, y tecnologías, y economías intercambiables. Se ha terminado la vieja política exterior de los brillantes e ingeniosos y a veces camaleónicos modos diplomáticos, que aseguran el placer de la conversación y de la cultura, y que eran brillantes realidades solitarias porque Madrid no era nada, y los diplomáticos daban con su talento la impresión de que era mucho. Hemos tenido siempre mejores embajadores que política exterior. Desde 1976, con el primer ministro de Asuntos Exteriores que anunciaba al mundo nuestras libertades y nuestros propósitos democráticos de integración, que fue José María de Areilza, y con la homologación plena con las naciones de Occidente, que llevarón adelante el ministro Oreja y el presidente Suárez desde 1977—inspirados y dirigidos por el Rey Juan Carlos—, liquidando los exilios, abriendo las puertas a todas las fuerzas políticas y convocando elecciones generales. Y con el restablecimiento de relaciones diplomáticas con los países del Este, con Rusia y con México. Había llegado el momento de hacer «una política exterior de España». Pero ¿cuándo?

Han pasado ya dos años; ¿qué es lo que se ha hecho? Principalmente, y casi exclusivamente, «excelentes y hasta espectaculares relaciones públicas». Estamos molidos de abrazos y deslumbrados de gestos amables. El Rey, el presidente del Gobierno y el ministro de Asuntos Exteriores han corrido fatigosamente, y jubilosamente, tres

continentes. Comisiones parlamentarias han pateado abnegadamente África con moral, intrepidez y sacrificio de expedicionarios; nos hemos sentado satisfactoriamente en el Consejo de Europa y nos han puesto allí, para nuestro alborozo íntimo, las pegatinas de nuestra legalización democrática; han venido a los Congresos de los tres grandes partidos mayoritarios, la derecha reformista, los socialistas y los comunistas, todos los grandes personajes europeos, que han colmado nuestro orgullo, y nos han hecho mirarnos como redentores de nosotros mismos; y podemos decir que nuestra Monarquía, aquella que comenzaba con tan malos presagios por ser sucesora de otro Régimen, é inculpada por eso, es hoy una Monarquía como las otras de Europa, con más protagonismo, y los socialistas están familiarizados con ella y los comunistas la festejan. Nos hemos convertido, casi de la noche a la mañana, en una Monarquía, cuya izquierda de socialistas y comunistas es la más numerosa de otra cualquiera Monarquía europea, y han hecho una Constitución juntos los antagonismos políticos históricos, que es cosa como de no creérsele si se sabe un poco cómo han sido el siglo xix y el siglo xx en nuestro país. Lo que ocurre es que la procesión va por dentro. Esto podría ser como un fantástico decorado, pero ahora los intérpretes tienen que hacer la función. Su primera sorpresa ha sido conocer el mundo que nos aclamaba. ¿Y cómo era? Ocurría que después de todo esto, o al tiempo de estos episodios, iban apareciendo las verdaderas manifestaciones de la política exterior de las naciones, su cara verdadera, y que no era otra que la defensa, en primer término, del interés de cada cual, por encima de todo sentimentalismo o afinidades políticas; y empezó a asombrarnos que no se compaginara todo eso con nuestros intereses; empezamos a descubrir con decepción e inocencia que la «política exterior» no era otra cosa que un suceso de interesados en lo suyo, y que a este pluralismo de intereses, o de ambiciones, o de estrategia, se le llama eso tan sabido de «las relaciones internacionales». El trato de unas naciones con otras es cortés e implacable, y se coincide solamente en aquello que no afecta a los intereses propios. Esto ha sido siempre así, pero aquí parecía que nos habíamos caído de un nido —tal era nuestra exaltación democrática—, y creían algunos que los sistemas políticos creaban solidaridades incondicionales, y que solamente el hecho de haber liquidado una dictadura y ser demócratas nos abría el mundo de par en par; porque eso es lo que habían dicho antes a la España clandestina. Lo que únicamente sucedía es que podíamos relacionarnos con todos, pero tendríamos que decir lo que dábamos y lo que pedíamos, una vez que habíamos dicho lo que éra-

mos. Nada más. Lo otro era un cuento moruno, aunque el verdadero «cuento moruno» viene luego. Las ideologías son muy bonitas, pero el negocio es el negocio. Algunas personas se empeñaban—como dijo un político americano del *staff* actual—en que seguíamos con Marx o con Adam Smith, y estas nostalgias no eran, efectivamente, de recibo. Descubríamos tristemente que la Comunidad Económica Europea no nos dejaba entrar porque no era del provecho de algunos de sus miembros, de Francia y de Italia concretamente, y ello porque éramos competidores en productos agrícolas. Y además trataban de imponernos desarmes arancelarios para la industria. Ya no había razones políticas. Eso era el embuste que nos hicieron tragar desde 1962, que es cuando pedimos el ingreso. Llevamos diecisiete años, más los diez o más que se nos anuncia ahora; acaso podríamos entrar treinta años después de haberlo solicitado. Como se ve, sería un plazo ejemplar de solidaridad. Se prestaron al Tratado preferencial de 1970, donde todavía estamos, que lo prorrogarían de los *seis* miembros a los *nueve*, y ahora hacen concesiones cicateras duramente gestionadas, para la pesca y otros artículos, porque la Comunidad, además, había ampliado las zonas comunitarias en el mar, con lo que nos hacía más la pascua, en una de nuestras actividades principales, que era la pesca. Independientemente de todo esto, es verdad también que esa *negociación* es larga, porque el suceso económico es de producción, es técnico y es financiero, y hasta es social, que es un asunto que ha explicado espléndidamente y recientemente Julio Viñuela Díaz, que es un economista del Estado, porque los Gobiernos en este asunto han sido ininteligibles. Pero no estamos obteniendo ninguna facilidad que no esté enmarcada en la implacable defensa de los intereses de cada uno y, si es posible, a nuestra costa y en unos plazos intolerables. Y esto lo proclaman a voces los que han venido a abrazar en Madrid en sus Congresos a Carrillo, a Felipe González y a Adolfo Suárez. El gaullista Chirac y el secretario general del Partido Comunista Francés, Marchais, son las personalidades más obstinadas en impedir nuestro ingreso o en demorarlo hasta que no les alarmemos. De Giscard hablaré luego. O la política exterior española aprende que las relaciones internacionales son un *trato*, todo lo bien revestido a veces que se quiera, y en otras descarado, o nos pueden colocar, como los viejos tratantes de los mercados castellanos, un burro averiado en cualquier instante. Podíamos decir que ésta es nuestra clave político-económica de Europa. Nuestro primer asunto. Dejarnos hacer nuestro comercio exterior y expansivo. Ya hemos hecho todo lo que teníamos que hacer para complacer políticamente a Europa y a los Estados Unidos, y para com-

placernos a nosotros mismos. Ya tenemos los títulos de demócratas en la mano, extendidos oficialmente por Estrasburgo, y hasta con notas de aplicación y aprovechamiento. Pues bien: que no venga uno sólo ya a enseñarnos democracia y después a recibirnos como neófitos. Nosotros ya hemos dado una alta prueba de júbilo democrático infantil, como si fuéramos un pueblo del «tercer mundo», cuando nosotros lo sabemos todo de la democracia, como pueblo viejo y a través de todas sus versiones históricas. Esta es una asignatura que la tenemos llena de ideas y de sangre en nuestras estanterías. Que digan solamente lo que traen y lo que quieren. El negocio está abierto.

Nuestro segundo escenario de conflicto en Europa es la seguridad; la OTAN. El partido en el poder parece inclinado a la adhesión, pero con temores a no alcanzar la unanimidad en el ingreso, y con otros temores a la fuerte oposición dentro por parte de la izquierda. La izquierda transigiría por la prórroga de los Acuerdos bilaterales con los Estados Unidos, pero no es partidaria del ingreso en la OTAN. Los socialistas europeos están en la OTAN, pero ellos mismos sostienen que éste es el único caso donde Felipe González es irreductible. Todo lo que es la Europa occidental, que es nuestro territorio político, está en esa Organización, más los Estados Unidos y Canadá. Solamente faltamos nosotros. Todos sabemos lo que es la OTAN. Es una organización para la defensa colectiva contra una agresión. Exactamente lo que es el Pacto de Varsovia para los países de la Europa del Este. Son dos organizaciones de base o de naturaleza militar que, cuando menos, han producido hasta la fecha un largo período de paz. Esto hay que reconocerlo, aunque sea con el equilibrio del miedo. Cuando no había esto, entre las dos guerras de este siglo, el período de paz fue más corto. Son los dos grandes beligerantes en la tierra que se preparan para la guerra, precisamente para que no se produzca, que es como una siniestra y admirable paradoja. «Ninguna nación tiene que temer que la atacemos—ha dicho Carter—. Pero tampoco debe dudar nación alguna de nuestra determinación de disuadir y rechazar cualquier agresión contra nosotros.» ¿Y quién podría agredir a esas quince naciones de la OTAN? El propio Carter fue muy expresivo, hace ahora un año, en Washington. Estas fueron sus palabras: «La Unión Soviética y otros países del Pacto de Varsovia representan una amenaza militar para nuestra Alianza, que excede con mucho las legítimas necesidades de su seguridad. Durante más de diez años la potencia militar de la Unión Soviética ha aumentado continuamente y se ha hecho más moderna cada vez. En campos importantes, la ventaja que tuvimos en un tiempo ha disminuido.» Estamos, pues, ante

dos potencias nucleares estratégicas que dirigen y componen la mayor parte de esas dos Alianzas —la Atlántica y la de Varsovia— y que para vigilarse, y controlarse, y equipararse, en su propio poder agresivo, suscriben los célebres Acuerdos Salt. Ahora estamos en el segundo, y la lectura de los elementos de destrucción nuclear que tiene cada cual resulta escalofriante. Los dos se vigilan el cumplimiento de los Acuerdos, y es sobrecogedor el método de vigilancia, que no está convenido, sino que es puro espionaje; o es clásico, o se hace por métodos electrónicos y de radar, y hasta cósmicos. El 25 de abril de este año el presidente de los Estados Unidos, en unas trascendentales manifestaciones a la Asociación de Editores de periódicos, poniendo las vísceras fuera, para hablar sobre la realidad de los armamentos, señaló: «Nuestros satélites de reconocimiento observan la totalidad de la Unión Soviética de manera regular.» Ambas organizaciones quieren estar seguras del control de sus elementos de destrucción. Y Carter remachaba: «Tanto nosotros, como la Unión Soviética, con ideas muy distintas acerca del mundo y con intereses diferentes, tenemos hoy fuerzas terribles capaces de destruirnos literalmente a los dos y dar muerte, de paso, a decenas de millones de personas. El sentido común nos dice que hemos de esforzarnos para hacer la competencia menos peligrosa, menos onerosa y menos probable de desembocar en el definitivo horror de la guerra nuclear.»

Así son las cosas; y no de otra manera. No es un problema entre dos grandes potencias, sino que se incluyen en las dos organizaciones creadas en Europa para preservar la paz, mediante el terrorífico sistema de ser iguales, o parecidos, a la hora de intentar destruirse. Y que, efectivamente, no quieren hacerlo.

¿Podría España estar fuera, ante este p'anteamiento de hecatombe dormida, o diferida, o amenazante, o potencial, o probable? Dudo mucho de su posibilidad por el lugar donde nos encontramos en la geografía, por los medios intercontinentales de destrucción, por nuestra adscripción generalizada a la Europa económica de Bruselas y a la Europa política de Estrasburgo, y por nuestros Acuerdos bilaterales con los Estados Unidos, aunque incluyan el desarme nuclear de Rota. Téngase en cuenta que la estrategia nuclear es universal y los mecanismos de agresión —como digo— son intercontinentales. Los compromisos actuales de España con el sistema global de Occidente, que son los acuerdos bilaterales con los Estados Unidos, me temo que no sirvan ya para este momento ni tampoco preservan nuestra neutralidad. La pieza clave de la defensa, dirigida por los Estados Unidos, es Europa mediante la Alianza Atlántica. Con una Constitución como la de 1978

es muy difícil estar fuera de esa Organización. Podría manejarse, por parte de la Alianza Atlántica, la sospecha o la acusación de la influencia soviética en su estrategia agresivo-disuasoria, que en Europa es la Alianza de Varsovia, en América es Cuba, y está bien instalada en el Lejano y en el Próximo Oriente, y en Africa, frente a la estrategia agresivo-disuasoria de Estados Unidos en todos los continentes. España está en una gran bolsa de la confrontación nuclear. Estar con alguien es, además, sacar partido de algo; no estar en ninguna parte ahora no es salvarse y es también no beneficiarse de nada. El método de estar en la OTAN es otro problema. No quiero extenderme sobre este asunto para no alargarme demasiado, pero hay diferentes modos de *estar* en la OTAN. Y con distintos *costos* y con diferentes beneficios.

Este es un tema económico, técnico y militar. Pero intuyo que puede estarse *barato* y beneficiarse *caro*. Se lo diré al *oído* de Oreja si tengo algunas retribuciones de cordialidad, y se rompe ese cordón sanitario que tienen los políticos de nuestro país con los intelectuales, o con los imaginativos. Estar en la OTAN, además, no es enfriarse con los otros, y ello por una cosa principal: porque se sostiene de antemano que no hay propósito agresivo, sino que el objetivo de la paz no ha encontrado hasta la fecha otra solución mejor. Las relaciones no militares pueden ser espléndidas. Todavía más: tienen que ser mejores para respaldar las buenas intenciones del dispositivo de agresión.

Este asunto de la OTAN puede resultarnos un tema caliente, pero el brasero donde lo tenemos otra vez es en el Sahara, y el caso es que España no ha arrimado a este brasero ningún ascua. Es una disputa principal entre Argelia y Marruecos, con un tercer interesado que es Mauritania. Nosotros estábamos allí con aire colonial y sin perjuicio de que el almirante Carrero nos trajera a las Cortes aquellos representantes con sus chilabas multicolores, con esa impresión que daban de estar a miles de kilómetros de lo que pasaba allí y de lo que se decía; y nos propusimos hacer la descolonización del brazo de la ONU, que no era otro que la autodeterminación. Argelia nos encendió a los *polisarios*, a esa República Saharai Democrática con las bases y la dirección en su territorio, y dio hospitalidad al independentista canario Cubillo; y Marruecos nos echó encima en 1975 la famosa «marcha verde» cuando el viejo Régimen, en la persona de su fundador, agonizaba en una cama de «La Paz». Parece que cuando se lo comunicaron a Franco dijo a sus colaboradores, desde su gravedad suma, «que no se preocuparan, que no llegarían»; pero se preocuparon y pensaron que se desencadenaría una guerra. Aquello del

Sahara —pensaron— no merecía una guerra. La Organización de las Naciones Unidas hablaba y hablaba de la autodeterminación, pero no hacía nada por detener la «marcha verde». Se pensó que no estábamos en disposición de llevar adelante la guerra. Nuestros acuerdos con los Estados Unidos, por otra parte, no servían para este asunto. La verdad es que no éramos otra cosa, efectivamente, respecto a la defensa, que un territorio fácil y barato de bases americanas. Nadie era solidario con nosotros. Tampoco Francia, con la que compartimos nuestra presencia en África. Nosotros habíamos colaborado con Francia, entregándola un día a la gente relevante de Vichy, e impidiendo el asilo cómodo de la gente de la OAS en nuestro territorio. Tampoco teníamos opción de poner las bases americanas más difiles y más caras. Ya dije antes por qué. Nos fuimos del Sahara y Argelia teledirigía mejor a los Polisarios, y, sorprendentemente, daba más hospitalidad a Cubillo. Teníamos entonces, y seguimos teniendo, mal a Canarias. Y se puso este tema en la Agenda de la Organización para la Unidad Africana. Lo paramos en Jartum, pero ahí está. Espero que siga vivo para la reunión de Monrovia en julio. Ahora el presidente Suárez ha ido inesperadamente a Argelia. La fosa estaba abierta desde los sucesos con el embajador en Madrid Kheladi, que tenía un atractivo y una astucia de felino. En esa casa me reencontré con Tamames; lo digo a efectos de la ancha hospitalidad del embajador. El embajador de Argelia en Madrid era un embajador clásico en territorios con tensión y con ambiciones. Era meticón y encantador, agente de cosas y gran anfitrión. Lo normal. Un día fue cazado, seguramente bien cazado, por Oreja. Pero de estas fieras de la selva diplomática tiene hoy el señor Oreja en Madrid un zoo espléndido y alucinante. Entre el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Dirección General de Seguridad, y los Servicios de Información de las Fuerzas Armadas, pueden reunir la más grande colección de cocodrilos que ha tenido nunca la fauna político-fluvial española.

El sigilo de Adolfo Suárez ha sido total. Probablemente es necesario. Pero a renglón seguido, el brasero empieza a calentar la fragilidad de nuestra política exterior. Los hombres de Hassan nos recuerdan con más acento su aspiración dormida de Ceuta y Melilla. El presidente de Mauritania corre a ver a Giscard, a Suárez y a los dirigentes de Marruecos para lo del Sahara, y el rey Juan Carlos se dispone a apurar el trago amargo de una visita a Rabat. El Sahara era un territorio *no autónomo*, declarado así por España al «Comité de los Veinticuatro» de acuerdo con la Resolución 1.541 de las Nacio-

nes Unidas, al que añadimos Ifni, Fernando Poo y Río Muni. No hicimos esa calificación porque no eran territorios *no autónomos* a Ceuta, Melilla, el islote de Alhucemas, el Peñón de Vélez y las islas Chafarinas, porque eran de soberanía española. Entonces Marruecos, a través de las Naciones Unidas, nos llevó este asunto hace tiempo al Tribunal de la Haya, y ahora lo exhuma con otros apremios. Su Parlamento ya se ha pronunciado. Es el viejo sueño de Al-lal el Fassi, el nacionalismo marroquí más tradicional, porque se remonta muchos siglos atrás que cuando eran solamente el pequeño reino de Fez. Pero nosotros no andamos más cortos en tradiciones. Lo de Ceuta lo comenzamos desde Roma, en el siglo v. Y desde aquí lo que se quiera. El duelo de la Historia sería inacabable. Donde está la cuestión, de acuerdo con el Derecho Internacional moderno, es en la diferenciación de los Estados: los Estados *geográficos* y los Estados *territoriales*. Si fuéramos solamente un Estado *geográfico* no podríamos tener Ceuta y Melilla; pero somos un Estado *territorial*. Otra cosa es *querer o no querer* serlo. Filipinas y Japón —como dicen muy bien los abogados ceutíes en un célebre y conocido Informe— son un conjunto de islas. Turquía tiene a Estambul en otro continente, y lo mismo le ocurre a Egipto con el Sinaí. España tiene, además, los archipiélagos de Canarias y Baleares. Somos un Estado *territorial* y no *geográfico*. Cuando entregamos el Protectorado de Marruecos, en la Declaración conjunta de 1956, no se alteraba la situación de Ceuta y Melilla, porque se mantenían los numerosos Tratados, que empiezan en 1767 y terminan en 1910. De Ceuta y Melilla nunca se ha escrito nada, ni una palabra para su erradicación de la soberanía española. El señor Dris Slavi denuncia un día a las Naciones Unidas que el Reino de Marruecos, después de liberarse de los Protectorados de Francia y España, permanece encerrado por la dominación española en sus tres fachadas Oeste, Sur y Norte. Ya han roto los marroquíes las dos primeras fachadas, la Oeste de Ifni y la Sur del Sahara; ahora van a por la fachada del Norte. Y hacen la comparación con Gibraltar, que no tiene nada que ver con esta *fachada Norte*, y que es una apropiación inglesa, con la colaboración del rey católico de entonces, mediante el Tratado de Utrech. Se parecen ambas cosas como un huevo a una castaña. Pero nos han sacado Gibraltar, que es nuestra *fachada Sur* en el Mediterráneo, para que les entreguemos Ceuta y Melilla, y nada más que por esa consideración de que lo que tenemos que ser es un Estado *geográfico* y no *territorial*. La geografía pone en sus manos Ceuta y Melilla, y en las nuestras Gibraltar.

Así es de simple. Ese trascendental pasillo del Mediterráneo, que es menos valioso que antes por la utilización del espacio aéreo y la embestida nuclear, sigue siendo una posición estratégica. Entrando en este juego, o en esta trampa, resulta que los ingleses no están decididos a devolvernos la soberanía de Gibraltar. Ya no se trata de aquellas antiguas y románticas pretensiones de rescatarlo, sino que ahora lo entenderíamos como una «nacionalidad» o una «autonomía», a la manera de las pretensiones vascas o catalanas. Todavía con más grados si se quiere, salvando la *soberanía*. Pero no hay tal esperanza. Inglaterra no ha jugado nunca a este asunto, y los descolonizadores de las Naciones Unidas han metido la lengua en los burós donde se archivan las causas imposibles. No hay político español que no pida la devolución de Gibraltar, como no hay ningún cristiano que no empiece el Credo con el «Creo en Dios Padre». ¿Y qué? ¿Quién somos, qué representamos y con quién estamos para pedir, y hasta para ocupar, Gibraltar? Ahora es el gran momento, tras de hacer todo lo que tenemos que hacer con el Estado, y con la elección de sitio en el mundo, para un planteamiento de Gibraltar como estrategia y como autonomía. A lo mejor los vascos nos van a indicar una fórmula aproximada. Los Herri Batasuna ingleses y pacíficos del Peñón tienen la palabra. Los conservadores ingleses que han ganado las elecciones, y que mandaron a Margaret Thatcher al Congreso de la UCD, dicen que están comprometidos en el espíritu y la letra con la *Gibraltar Constitution Order* de 1969, que obliga a Inglaterra a no aceptar nunca «decisiones que supongan la transferencia del pueblo de Gibraltar a la soberanía de otro Estado, en contra de sus deseos libre y democráticamente expresados». Los ingleses, como se ve, son una maravilla de sutileza política. Ahora resulta que han aceptado estar obligados por Gibraltar a no aceptar que puedan un día entregarnos ese territorio nuestro. Inglaterra ha bajado la cabeza ante Gibraltar y nos dice: «Nos obliga Gibraltar a no aceptar las pretensiones de ustedes.»

¿A qué muro de lamentaciones podemos ir con todo esto, con nuestra involucración en el Sahara, con la cuestión canaria al fondo, con Ceuta y Melilla, y Gibraltar? No hay otro lugar que la Alianza Atlántica. Canarias, Ceuta, Melilla y Gibraltar están dentro de ese territorio estratégico para una agresión. Marruecos es una presa de Argelia, desde la fachada Norte hasta la del Sur, sin necesidad de ocupación, sino mediante el cambio político o el pacto. Marruecos no puede escamotear de la Alianza Atlántica una parte del pasillo atlán-

tico-mediterráneo frente a nosotros, y la disuasión norteamericana no puede desaparecer de las plataformas de España, de Gibraltar y de Portugal. Y a Inglaterra habrá que decirle que su franja atlántica de Gibraltar no está entre el espacio de Portugal y de España, sino que todo el espacio es común, pero con las *soberanías* de cada uno. De otra parte, la suerte de la *unidad africana* está echada; les queda un largo recorrido para ser una potencia militar disuasoria; antes hay que pasar por un establecimiento permanente de soberanías nacionales y un equipamiento industrial y tecnológico. Su conciencia de continente es todavía más difícil que la europea. Su Organización de la Unidad Africana es bastante más complicada que nuestro Consejo de Europa. Ahora tienen que ir en uno o en otro vagón de las grandes potencias, o en los dos, en esa gran confrontación universal. China va más de prisa, y todavía la quedan varios años.

En el orden económico, Europa nos va a hacer esperar diez años o más para ponernos a nivel de integración de los nueve países miembros de la Comunidad Económica Europea, pero si en estos diez años no llevamos el ritmo de crecimiento que esos nueve países, nuestros problemas con ellos van a ser más graves. En estos momentos la desaceleración económica, el entrampamiento de muchos y los pronósticos sombríos del paro, no nos llevan el desarrollo, sino el subdesarrollo. Lo de nuestra afiliación a la Trilateral, presentado como una masonería económica, es otro de los delirios actuales con planteamientos a largos plazos. Los Estados Unidos se forran en el Japón, como su primer cliente, y el Japón es una primera potencia económica en el mundo. Entonces le dan juego a Europa, y eso es la Trilateral. ¿Y qué somos nosotros en la Trilateral? Unos nombres para la prensa, una mano extendida para los negocios en los años ochenta y una adhesión a la colaboración multinacional. Lo importante es no ser accionistas pobres de eso y figurones ricos, sino todo lo contrario. Lo de Giscard estos días ha sido famoso, y aquí seguimos jubilosamente inocentes desde aquel día del desayuno de Giscard en La Zarzuela, con Franco recién enterrado, y antes de la coronación. En cada político español del *centro* o de la derecha reformista hay como una aspiración de convertirse en un Giscard. Es el modelo político español suspirado. Pero a Giscard, donde hay que verle es en Francia. Nos da esa «larga» de los diez años, que pueden ser más, y, simultáneamente, acaba de imaginar un plan de desarrollo agrario para las regiones del sur de Francia —Aquitania, Languedoc y los Piri-

neos— para que cuando vayamos dentro de diez años nosotros a ofrecer nuestros productos agrarios ya no les hagan falta a los comunitarios. Y cuando estuvo en México ofreció a Francia como mediadora de México y de otros países iberoamericanos ante la Comunidad. O lo que es lo mismo: nos dilata Francia el tiempo de acercarnos a la mesa y cuando lleguemos podríamos estar sin silla. Y como para tan largo tiempo nos lo fian, a pesar de haber entrado con ceremonia y tambores en el Consejo de Europa, que es, por el momento, una ensoñación de todos los Washington de Europa, pero no es otra cosa que verborrea de derechos humanos y oficina de credenciales democráticas, parece necesario orientar nuestra economía, y nuestra tecnología, en cuatro direcciones. La Europa del Este, el Oriente Medio, Africa e Iberoamérica. Oriente Medio e Iberoamérica como objetivos principales e inmediatos. A los árabes les compramos sus crudos con una enorme sangría de centenares de millones de dólares, sin exportación por nuestra parte, ya que otros pagan su petróleo con alguna parte de sus exportaciones. Iberoamérica debe ser uno de nuestros objetivos económicos necesarios, que pueden ser muy eficazmente complementarios. México, Venezuela y Argentina podrían ser las más importantes bases económicas y sociales. La República Argentina, además, en materia de asentamientos y colonización. Pero tenemos que acostumbrar a nuestra moderna clase política democrática a ver políticamente América de manera distinta a como acostumbran a verla otras naciones. La política de no injerencia es necesaria en todas partes, pero allí mucho más para nosotros. Esos son pueblos de nuestra estirpe. El antiguo régimen dio una lección magistral, que no ha olvidado Fidel Castro, cuando el bloqueo a Cuba. España no aceptó aquel bloqueo, y el anticomunismo de España en aquel período era una razón de Estado. Pero era más importante América para los españoles que aquella razón. Ni aclamaciones ni críticas. Esos pueblos no deben recibir ni nuestra censura ni nuestro alejamiento. Esto lo digo claramente, frente a las hostiles actitudes frente a Argentina, Chile, Paraguay o Nicaragua. No hay, sin embargo, en los medios políticos españoles una sola objeción para Castro. ¿Es que acaso, en materia de libertades, es mejor que Pinochet? ¿Desde dónde tenemos que ver América y relacionarnos con ella: desde los partidos o desde el Estado? Hubo un tiempo en que nos echaron de allí los colonialismos europeos, todos esos que dirigen ahora el destino del Consejo de Europa. ¿Es que nos van a echar otra vez de allí, que es nuestro solar espiritual, y ahora en nombre de nuestros propios credos políticos? ¿Ahora por nuestros propios escrúpulos morales en un mundo que a la hora

de la verdad, la de los intereses, hace escaso uso de ellos? Esto para mí no tiene ninguna duda. Yo no me equivoqué, como Mathews, el hombre del *New York Times*, con Fidel, y en mi tiempo recibí Fidel mis testimonios de afecto en el periódico que dirigía. Lo mismo hice con Allende en Chile. Y he proclamado literariamente mi admiración por Nicolás Guillén y por Neruda, y por toda la expresión cultural americana, vieja y moderna. Y fui amigo entrañable de Perón a lo largo de todo su destierro en Madrid. Por eso tengo ahora alguna fuerza moral para hablar así. Esto no lo digo ahora de boquilla; está en mis libros de artículos. Y sobre los derechos humanos, vamos a tener la fiesta en paz. No hay individuo bien construido que no repudie la violencia o la tortura, o toda agresión física o moral a la persona. Pero las denuncias contra las infracciones de los derechos humanos no deben responder exclusivamente a valoraciones políticas. Un silencio mortal corre por los cenáculos y la prensa del mundo sobre los ajusticiamientos del Irán, porque ese silencio podría tener alguna relación con el petróleo, y por la propia situación geopolítica y estratégica de ese país, y esos mismos cenáculos y esa prensa se alborotan por los hechos acaecidos en otros sitios. Vamos a ver si no nos damos a nosotros mismos tanto la lata con los derechos humanos, porque cualquier estrategia de intereses políticos o económicos sería profundamente inmoral. Los agresores de la persona, en cualquier parte y con cualquier filosofía política encima, son agresores. Lo que quiero decir es que si los agresores fueran iberoamericanos se lo tenemos que decir también, pero bajito, no con las voces del Consejo de Europa. Y quien esté libre de estos pecados que tire la primera piedra.

Todo este panorama general, del cual he hecho una síntesis, requiere una reforma administrativa profunda. A esta democracia antigua que estamos construyendo corresponde una forma antigua de gobierno, que es lo que tenemos. Esa es nuestra anémica situación actual, pero esto hay que cambiarlo. El Ministerio de Asuntos Exteriores no puede ser una mera plataforma diplomática y que el ministro, como decía en un espléndido artículo reciente Pablo Sebastián, no puede ser el *valet* de cámara, o el ayudante, del presidente del Gobierno. Ahora se ha creado una Dirección General de Relaciones Internacionales y se la han encargado a mi antiguo compañero en la prensa, embajador Torrente. No es tampoco eso. Un Gobierno moderno tiene un viceprimer ministro de Asuntos Exteriores. Algo de lo que digo ha visto el presidente Suárez cuando tiene un ministro para las relaciones con Europa, un embajador extraordinario para Africa, un

embajador extraordinario para la Organización Internacional del Trabajo, un embajador permanente para América al frente del Centro Iberoamericano de Cultura y Cooperación, y un embajador al frente de una Secretaría de Estado, recientemente creada. Eso requiere un Palacio de Santa Cruz como una catedral y no un Palacio de Santa Cruz como un poblado de ermitas, que dirige un arzobispo desde otro lugar, y que además no es arzobispo. Todo el comercio exterior debe estar en el ámbito del Palacio de Santa Cruz. Toda la información exterior, incluyendo la Agencia Efe en sus servicios exteriores, ha de ser del Palacio de Santa Cruz. La Defensa es un Ministerio mixto con el Palacio de Santa Cruz, independientemente de la autonomía y organización militares, que eso tiene su esfera propia. El teniente general Gutiérrez Mellado, vicepresidente para la Defensa, dijo en un discurso cuando la celebración de la Pascua Militar en 1977: «Queremos que las Fuerzas Armadas sean un eficaz instrumento de nuestra política exterior, constituyendo en sí mismas un decisivo factor de disuasión contra todo lo que pueda atentar a la seguridad, unidad e independencia de la Patria.» Y recalcó el general: «Pero al mismo tiempo capaces de cooperar eficazmente con las fuerzas del mundo libre en defensa de la paz.» Creo que estuvo muy claro. El Ministerio de Asuntos Exteriores, por las circunstancias como se configura el mundo, tiene hoy el máximo protagonismo. Mientras el presidente del Gobierno crea un viceprimer ministro para la política interior —que no son otra cosa que las atribuciones principales de un presidente de Gobierno, al lado de todas—, tiene centrifugada y dispersa la acción exterior. En plena tensión de Africa —por ejemplo—, ni el presidente debe ser quien intente romper el hielo de Argelia ni el Rey debe ir a lidiar ese toro bravo y peligroso que es Hassan. Los dos personajes, el presidente del Gobierno y el Rey, no están para negociar, sino para celebrar.

En resumen: ya somos un país demócrata; ya hemos hecho las relaciones públicas más espectaculares; ya somos celebrados por todas las naciones del mundo; ya se han hecho frecuentes y atosigantes los recibimientos y las despedidas en Barajas a gobernantes y a jefes de Estado; ya nos hemos codeado con todos aquellos que nos parecían grandiosos e inaccesibles; ya estamos agotados de alabanzas y de sonrisas; ya sabemos del pie que cojea cada cual. Hubo un tiempo en que los poetas eran oídos, porque los pueblos necesitaban correctivos y ardimientos. Ahora apenas se les oye. Ni siquiera están en la clandestinidad. Hay solamente como una angustia de supervivencia. Y un deseo de poner a rendimiento máximo nuestra capacidad de

progreso. Tenemos que hacer con ingenio, a veces con astucia y otras con las cartas boca arriba, una política exterior. Una gran política exterior, que ya no es para ir trampeando, sino para sobrevivir. Esta política exterior tiene que hacerla España, desde su situación geopolítica y desde sus intereses. No desde ninguna otra parte. Y, por supuesto, desde el Estado—cualquiera que sea el que se instale en los Gobiernos—y no desde los cenáculos, o desde los partidos, o desde las ideologías, o desde una España colonizada o intimidada por otros intereses, políticos o económicos, ajenos a nuestros únicos intereses como nación.